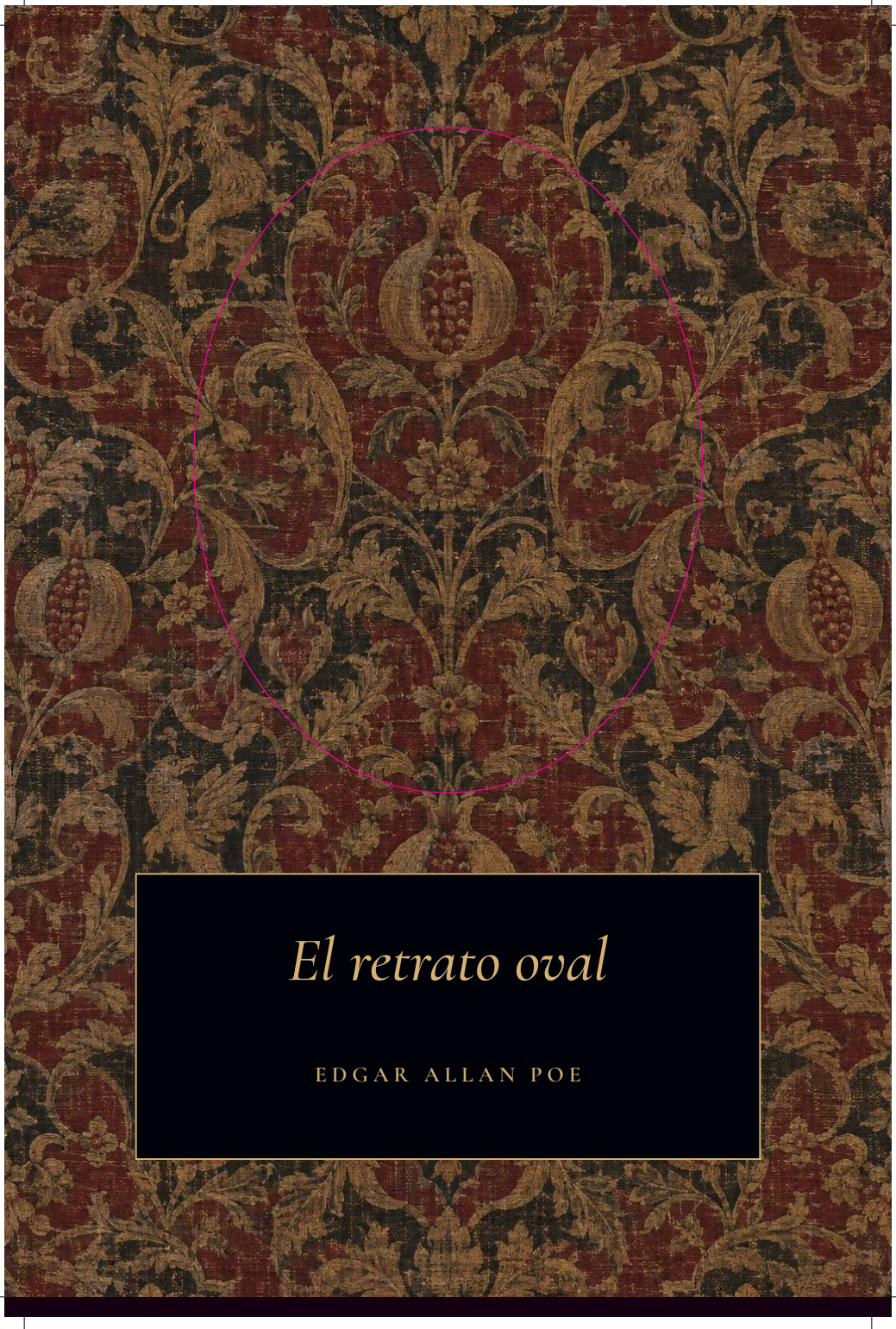


El retrato oval

EDGAR ALLAN POE





El retrato oval

EDGAR ALLAN POE

El cuento de Edgar Allan Poe apareció por primera vez en abril de 1842 en *Graham's Magazine* con el título «Life in Death». Este texto, más breve, es el que publicó en 1845 en el *Broadway Journal*, con el título que ha conservado desde entonces. Traducción del Postext Cookbook.

La cubierta es un damasco con una ventana oval troquelada, y la ventana es el marco del retrato que hay debajo.

El retrato oval

El castillo en el que mi criado se había atrevido a entrar por la fuerza, antes que dejarme pasar la noche a la intemperie, herido como estaba y en tan mal estado, era una de esas moles de tristeza y grandeza mezcladas que tanto tiempo llevan alzándose ceñudas entre los Apeninos, no menos en la realidad que en la fantasía de la señora Radcliffe. Todo hacía pensar que lo habían abandonado hacía muy poco y por una temporada. Nos instalamos en uno de los aposentos más pequeños y menos suntuosamente amueblados. Estaba en un torreón apartado del edificio. Su decoración era rica, aunque raída y antigua. De sus paredes colgaban tapices, y las adornaban trofeos de armas numerosos y variados, junto con un número insólito de pinturas modernas, llenas de vida, en marcos de rico arabesco dorado. Por esas pinturas, que colgaban no solo de las paredes principales sino de los muchos rincones que la extraña arquitectura del castillo hacía necesarios, mi delirio incipiente, quizá, me había hecho sentir un hondo interés; de modo que pedí a Pedro que cerrara los pesados postigos del cuarto —pues ya era de noche—, que encendiera las velas de un alto candelabro que había a la cabecera de mi cama y que abriera de par en par las cortinas de terciopelo negro con flecos que envolvían la cama misma. Quise que se hiciera todo esto para entregarme, si no al sueño, al menos a contemplar por turnos aquellos cuadros y a leer un librito que había aparecido sobre la almohada y que decía juzgarlos y describirlos.

Largo, largo rato leí, y con devoción, con fervor, miré. Rápidas y gloriosas volaron las horas, y llegó la honda medianoche. La posición del candelabro me desagradó y, alargando la mano con dificultad para

no molestar a mi criado dormido, lo coloqué de modo que sus rayos cayeran de lleno sobre el libro.

Pero aquel gesto produjo un efecto del todo imprevisto. Los rayos de las numerosas velas (pues eran muchas) caían ahora en un nicho del cuarto que hasta entonces había quedado en sombra profunda tras uno de los postes de la cama. Vi así, a plena luz, un cuadro en el que antes no había reparado. Era el retrato de una muchacha que apenas empezaba a ser mujer. Miré la pintura deprisa y luego cerré los ojos. Por qué lo hice, ni yo mismo lo entendí al principio. Pero mientras tenía así cerrados los párpados, repasé en la mente la razón de cerrarlos. Fue un movimiento impulsivo para ganar tiempo y pensar: para asegurarme de que la vista no me había engañado, para calmar y sujetar mi fantasía antes de mirar con más sobriedad y más certeza. A los pocos instantes volví a mirar fijamente la pintura.

Que ahora veía bien no podía ni quería dudarlo, pues el primer destello de las velas sobre aquel lienzo parecía haber disipado el sopor soñador que se iba adueñando de mis sentidos y haberme devuelto de golpe a la vigilia.

El retrato, ya lo he dicho, era el de una muchacha. Era solo cabeza y hombros, pintado en lo que técnicamente se llama la manera de viñeta, muy al estilo de las cabezas preferidas de Sully. Los brazos, el pecho y aun las puntas del cabello radiante se fundían sin que se notara en la sombra vaga pero honda que formaba el fondo del conjunto. El marco era oval, ricamente dorado y afiligranado a la morisca. Como obra de arte, nada podía ser más admirable que la pintura misma. Pero no podía haber sido ni la ejecución de la obra ni la belleza inmortal del semblante lo que tan de repente y con tanta vehemencia me había conmovido. Menos aún podía ser que mi fantasía, sacudida de su duermevela, hubiera tomado aquella cabeza por la de una persona viva. Vi enseguida que las peculiaridades del

dibujo, de la viñeta y del marco tenían que haber disipado al instante semejante idea; tenían que haber impedido que la acogiera siquiera un momento. Pensando con ahínco en todo ello, permanecí quizá una hora, medio sentado, medio recostado, con la vista clavada en el retrato. Al fin, satisfecho con el verdadero secreto de su efecto, me dejé caer en la cama. Había hallado el hechizo del cuadro en una expresión absolutamente semejante a la vida, que primero me sobresaltó y al fin me confundió, me sometió y me llenó de espanto. Con hondo y reverente temor devolví el candelabro a su sitio. Apartada así de la vista la causa de mi honda agitación, busqué con avidez el volumen que trataba de las pinturas y de sus historias. Fui al número que designaba el retrato oval y allí leí las palabras vagas y singulares que siguen:

«Era una doncella de rarísima belleza, y no menos hermosa que llena de alegría. Y aciaga fue la hora en que vio, y amó, y desposó al pintor. Él, apasionado, estudioso, austero, y con una novia ya en su Arte; ella, una doncella de rarísima belleza, y no menos hermosa que llena de alegría; toda luz y sonrisas, y retozona como el cervatillo; amándolo y cuidándolo todo; odiando solo al Arte, que era su rival; temiendo solo la paleta y los pinceles y los demás instrumentos ingratos que la privaban del rostro de su amado. Fue, pues, cosa terrible para esta dama oír al pintor hablar de su deseo de retratar incluso a su joven esposa. Pero ella era humilde y obediente, y posó mansamente durante muchas semanas en la oscura y alta cámara del torreón, donde la luz goteaba sobre el pálido lienzo solo desde lo alto. Pero él, el pintor, se gloriaba en su obra, que avanzaba de hora en hora y de día en día. Y era un hombre apasionado, y arrebatado, y sombrío, que se perdía en ensueños; de modo que no quiso ver que la luz que caía tan lívida en aquel torreón solitario marchitaba la salud y el ánimo de su esposa, que languidecía a ojos de todos menos de él. Ella, sin

embargo, seguía sonriendo y sonriendo, sin una queja, porque veía que el pintor (que gozaba de gran renombre) sentía un placer ardiente y febril en su tarea, y trabajaba día y noche para pintar a quien tanto lo amaba y cada día estaba más abatida y más débil. Y en verdad, algunos de los que contemplaron el retrato hablaron en voz baja de su parecido como de una gran maravilla, y una prueba no menor del poder del pintor que de su hondo amor por aquella a quien pintaba tan por encima de todo. Pero al fin, cuando la labor se acercaba a su término, ya no se dejó entrar a nadie en el torreón; pues el pintor había enloquecido con el ardor de su obra y rara vez apartaba los ojos del lienzo, ni siquiera para mirar el rostro de su esposa. Y no quería ver que los tintes que extendía sobre el lienzo los sacaba de las mejillas de la que se sentaba a su lado. Y cuando hubieron pasado muchas semanas y poco quedaba por hacer, salvo una pincelada en la boca y un tinte en el ojo, el espíritu de la dama volvió a avivarse como la llama en el cubo de la lámpara. Y entonces se dio la pincelada, y entonces se puso el tinte; y, por un instante, el pintor quedó extasiado ante la obra que había hecho; pero al siguiente, mientras aún la miraba, se echó a temblar, muy pálido y espantado, y gritando con voz fuerte: "¡Esto es en verdad la Vida misma!", se volvió de pronto a mirar a su amada: ¡estaba muerta!».

Un viajero herido pasa la noche en la habitación de un torreón llena de cuadros. A la luz de las velas descubre uno en el que no había reparado, el retrato de una muchacha tan viva que cierra los ojos, y en el catálogo que hay sobre su almohada lee cómo se pintó.